

El Obrero Gráfico

Tipografía & Litografía & fotograbado & Encuadernación

Oficina: Diamante, 2 (Casa del Pueblo).

Aparece dos veces al mes.

Días de oficina: Jueves y sábados de 9 a 11.

D. Quijote en la imprenta.

Sucedió, pues, que yendo por una calle alzó los ojos don Quijote y vió escrito sobre una puerta en letras muy grandes: *Aquí se imprimen libros*; de lo que se contentó mucho, porque hasta entonces no había visto imprenta alguna y deseaba saber cómo fuese. Entró dentro con todo su acompañamiento y vió tirar en una parte, corregir en otra, componer en ésta, enmendar en aquélla, y finalmente toda aquella máquina que en las imprentas grandes se muestra.

Llegábase don Quijote a un cajón, y preguntaba qué era aquello que allí se hacía: dábanle cuenta los oficiales, admirábase y pasaba adelante...

Pasó adelante y vió que asimismo estaban corrigiendo otro libro; y preguntando su título le respondieron que se llamaba la *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal, vecino de Tordesillas.

—Ya yo tengo noticias deste libro—dijo don Quijote—; y en verdad y en mi conciencia pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente; pero su San Martín se le llegará como a cada puerco, que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables, cuanto se llegan a la verdad o a la semejanza della, y las verdaderas tanto son mejores cuanto son más verdaderas.

Y diciendo esto, con muestras de algún desprecio, se salió de la imprenta.

Miguel de Cervantes Saavedra.

Miguel de Cervantes.

Por nuestro oficio somos de los hombres que suprimen para el pensamiento el tiempo y el espacio; por nuestra condición somos de los hombres que sufren la doble ignominia de la ignorancia y la servidumbre; por nuestra acción y nuestros anhelos somos de los hombres que pugnan por raer de la haz de la tierra el hambre de pan, de justicia, de verdad, de libertad y de belleza.

Muchos de nosotros tuvieron el honor de componer letra a letra pedazos de las obras de Cervantes, o de imprimirlas, o de fijar en el cinc y el cobre bellas ilustraciones para estas obras, o de estampar láminas y grabarlas en la piedra litográfica, o de encuadernar libros del Príncipe de los ingenios, pero ninguno de nosotros atesora ni las nociones, ni el gusto educado, contrastado y acendrado que son precisos para hablar de Cervantes escritor.

—De Cervantes hombre, sí; y como de éste podemos hablar todos, y mejor los más buenos que los más sabios—porque hay sabios que no son buenos—, algunos obreros de las artes gráficas escribieron hermosos artículos que verá el lector, relevándonos, en rigor, de semejante cometido.

Mas no por completo. Los que, no tanto por sufrir los inenarrables dolores inherentes a un sistema social de canibalismo y no de civilización como por sentirnos lacerados al espectáculo del dolor universal, creemos vernos encarnados en el caballero Don Quijote de la Mancha, los que comprendemos al generoso hidalgo millones de veces mejor que los ahitos de bienes, de honores, de renombre y aun de la ruina de las minucias y las nonadas, más que poder debemos hablar de Cervantes, y esto aun siendo incapaces de encontrar en su prosa ni el más palmario pleonasmo, y en sus versos ni el más patente ripio.

Como nosotros, Cervantes tuvo por suprema maes-

tra a la vida, vivió y sufrió aun más que estudió. Criado de un cardenal, soldado valeroso y desgraciado, cautivo y esclavo, cobrador de tributos contra el clero y de los pueblos con doce reales diarios de soldada y habiendo de pagar con ella los viajes, vejado, perseguido, encarcelado, cerca de los sesenta años escribe el *Quijote*.

Quizá su propósito fuera escribir una sátira contra los libros de caballerías, de seguro fué este su intento, puesto que él mismo lo dice, pero bien pronto el que comienza siendo ridículo personaje crece y se

magnífica para convertirse en el cuerdo rebelde, en el valeroso paladín de los débiles y de los oprimidos, en el generoso enamorado de lo inaccesible, que muere de desengaños y de tristeza.

Ahí está Cervantes, ahí está volcada su vida entera, ahí está lo que padeció y vió padecer por mar y por tierra, desde el golfo de Lepanto a Messina, a Argel, a la isla Tercera; desde Alcalá a Roma, a Sevilla, a Valladolid, a la Mancha, al reino de Granada, a Cataluña, a Lisboa.

Soldados, moriscos, pastores, traginantes, posade-



Pa 4 u 5 22



PRIMERA PARTE
DE LA GALATEA,
DIVIDIDA EN SEYS LIBROS
Cõpuesta por Miguel de Cervantes.

Dirigida al Ilustrisimo señor Ascanio Colona Abad de
sancta Sofia.



CON PRIVILEGIO.
Impressa en Alcalá por Iuan Gracian.
Año de 1585.

Acosta de Blas de Robles mercader de libros.

ros, mujerzuelas, pícaros, eclesiásticos, hidalgos, labriegos, estudiantes, renegados, nobles, galeotes, cuadrilleros, alguaciles, jueces, escribanos, forzados no son sino los hilos de la trama de un tapiz cuyas figuras representan una sociedad tan mala como esta nuestra de hoy, de la que también puede decirse con el poeta del siglo XV:

Hoy los derechos están en la lanza
y toda la culpa sobre los vencidos.

Y este Cervantes es el nuestro, el que entendemos bien, el que añora los tiempos en que no se conocían las palabras de «tuyo y mío», y no había «qué juzgar ni quien fuese juzgado».

Don Quijote se engendró en una cárcel; no hubiera nacido de haber disfrutado Cervantes «el sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu», y así, aun admirando siempre al genio con la admiración no razonada de los ignorantes, sin el Quijote, nosotros, que de existir hoy Cervantes habríamos tropezado con él tal vez por esos caminos, acaso en la cárcel, quizá en alguna posada ruin, no le rendiríamos tan cordial homenaje.

No es, por desgracia, el *Quijote* un libro esencialmente popular—¿cuál lo es en esta pobre España de millones de iletrados?—pero tampoco es un libro de exquisitos y refinados, de egoístas, de privilegiados (y hasta el privilegio del gusto y del saber nos son odiosos), pero es un libro eterno y soberano que todos pueden entender, aunque muchos de los refinados y exquisitos, precisamente por egoístas, sean incapaces de sentir...

Queremos una sociedad donde la belleza no sea patrimonio de unos, sino de todos; queremos que el arte sea floración de la individualidad plena y libre, no mercancía ni siquiera medio de vivir, y de los creadores de belleza, por humano precisamente, fué Cervantes de los que más se acercaron a este ideal

nuestro, que es el ideal de muchos millones de humanos, el ideal del proletariado.

Por esto, por haber sido un hombre desgraciado en vida y en muerte, y por sentir encarnada lo más noble de su acción en el espíritu de Alonso Quijano, los pobres obreros del libro rinden a Miguel de Cervantes Saavedra este homenaje humilde y sincero.

Tanto lo es, que no hay entre nosotros ni uno solo que con pretexto de glorificar, quiera ni aun que se sepa su nombre, bien al contrario de lo que por ahí se usa.

La Comisión.

Cervantes redentor de sí mismo.

Cuando el obrero consciente y enamorado de su arte produce obra bella, suele hacer un alto en su trabajo para recrearse por pocos momentos en la contemplación de su propia labor, ya que ésta, por contingencias brutales de la vida, ha de servir de goce a otros ojos quizá no tan nobles ni tan codiciosamente artistas como los suyos. Y este contemplativo ensimismamiento de los escogidos, este mistiismo resignado e íntimo que permite al desheredado de la ofrtuna sobreponerse a las miserias humanas y vivir una vida espiritual y redentora... quizá justifique el hecho de que los obreros conscientes no se vuelvan contra todo y contra todos, en sangrienta rebeldía, impulsados por las infinitas injusticias

sociales que amargan su existencia.

Del número de los artistas contempladores de su propia labor hay que excluir en todos los países del universo y casi de un modo general a los obreros de las artes del libro, ya que siéndoles aquella fácilmente asequible por su misma naturaleza y debiendo por privilegio inherente a la profesión ser ellos luz y guía de todos los desheredados de la tierra, ofrecen el triste ejemplo de vivir casi siempre ajenos en absoluto al purísimo deleite espiritual producido por el saber.

Del *Quijote*—libro inmortal que ha iniciado en el conocimiento de lo noble y de lo bello a una gran parte de los españoles, incluso a muchos analfabetos, se han hecho en nuestra patria más de ciento cincuenta ediciones, y sin embargo poco se ha divulgado la magna obra entre los obreros de las artes del libro, porque de lo contrario éstos hubieran aprendido de la mísera existencia del glorioso Cervantes, más que de las abnegadas malandanzas del hidalgo manchego, a vivir la vida del ideal para redimirse de la ignorancia, enseñar y dirigir a los demás asalariados e imponerse a la humanidad por el impulso de su propio valer.

Cervantes, más versado en desdichas que en versos, es ejemplo admirable del obrero consciente de todos los tiempos. Inicia y quizá termina los estudios de humanidades y se ve repentinamente obligado, por exigencias del propio sustento, a emprender algo que resuelva el problema, aunque contrarie sus gustos y violento su vocación. A partir de este momento vive, por sus distintas profesiones, en un ambiente de ordinariéz, de truhanería y de brutalidad en que sólo reina lo innoble, en que el arte no puede germinar... y sin embargo Cervantes, midiendo toda la grandeza de su infortunio, trata de salir de lo vulgar por medio del estudio, y para ello completa sus conocimientos hasta con los papeles impresos que encuentra ti-

rados y llega a formarse *in mente* un portentoso léxico compuesto de millares de voces en cantidad no igualada por nadie, que le da un dominio casi absoluto sobre el idioma castellano. Desde los empleos más prosaicos, desde la chusma de los combates, desde la innoble esclavitud del trabajo asalariado, el manco inmortal va poco a poco elevándose, espiritualizándose, viviendo en medio de sus miserias la vida de un ideal redentor, para llegar a ser por su propio esfuerzo maestro sin segundo del habla castellana.

Y es que el autor del *Quijote*, antes que esclavo de sus vicios y pasiones, de su apatía y de su inconsciencia, como suele ser la masa, fue señor de su voluntad con propósito inquebrantable de ser algo, como todos los desheredados de la tierra que se dan cuenta de su insignificancia social y quieren por sí mismos redimirse espiritualmente.

Cuanto existe en el mundo de noble y de grande se debe a un puñado de hombres salidos de la nada que trataron de elevarse: los poderosos proceden por sensaciones; los desheredados conscientes de su infelicidad suprema proceden por sentimientos, viven siempre animados por un ideal redentor. Cuantas palabras tiene el idioma para determinar una vida luminosa (heroísmo, abnegación, arte, ciencia, progreso), son patrimonio exclusivo de unos cuantos sinventura que habiendo nacido en el mayor desamparo social, tuvieron la grandeza de alma de ser señores de sí mismos para ennoblecerse e impulsar el progreso. Los poderosos pueden ser aristócratas por su sangre o por su dinero, esto es, por méritos supuestos o reales, pero ajenos; únicamente de entre los más humildes salió siempre la aristocracia excelsa de la virtud y del talento.

Si el divino Rafael, rindiendo culto a la belleza y sirviendo de mofa al vulgo, postrábase a diario ante la modelo completamente ensimismado y olvidando sus amarguras para celebrar la *misa del arte*... el inmortal Cervantes fué objeto de la befa de todos, denigrado y perseguido incansablemente, por sus ideas *exaltadas*, por su escogido lenguaje, por su grandeza de alma, por sus justificados sueños de redención y de gloria.

La chusma siempre fué la *misma*: impotente para mejorar su situación, sin voluntad y sin ideales, muerde, denigra y estorba a cuantos abnegados pretenden elevarse, mientras de entre ella van surgiendo los escogidos, los trabajadores conscientes, aquellos que han de ser útiles en grado preeminente a sí y a la humanidad y que llegan a veces a tener un nombre único, inconfundible: Rafael, Newton, Franklin, Gutenberg, Cervantes...

Para llegar a los primos literarios del manco inmortal es necesario algo más que condiciones y cultura excepcionales, porque su obra es la obra de genio; pero Cervantes no hubiera llegado nunca a escribir el *Quijote* ni con la excelsitud de su talento, ni con el menguado apoyo de los poderosos, ni con la mezquina enseñanza oficial, de no haber querido redimirse intelectual, moral y socialmente, con el propósito firmísimo de elevarse de entre la chusma para seguir su vocación y realizar un ideal.

Y esta vida, aparentemente excepcional y luminosa, es la historia vulgarísima de todos los grandes hombres, de todos los desheredados de la fortuna, de cuantos obreros conscientes, dándose cuenta de su infortunio y faltos de ajeno apoyo, lucharon denodadamente para dejar de ser hombres-cosa u hombres-bestia, llegando por este medio a constituir, muchos de ellos, la más elevada y gloriosa de las aristocracias, aquella que como eterna compensación es patrimonio exclusivo de los humildes y a la cual sólo se llega—entiéndanlo bien los obreros, singularmente los tipógrafos!—por el propio esfuerzo, educando la voluntad, prescindiendo de los rencores de la canalla, consagrándose persistentemente al estudio y al bien, dos grandes virtudes que ennobleciendo al individuo llegarán algún día a ser redentoras de la humanidad...

Rafael V. Silvari.

Barcelona.

Imprenta de Juan Gracián.

Cincuenta y un años duró la imprenta de Juan Gracián, vivo él o viviendo su viuda y herederos, y tanta debía de ser la fama de que gozaba, que muchos años después de morir todavía se ostentaba su nombre.

Sin duda alguna ha sido el impresor más fecundo de su época y quizá de todas las imprentas de Alcalá de Henares, aun cuando muerto él decayó mucho, al menos, si no en la cantidad, en la calidad de sus producciones. Era también librero.

En los libros impresos en los años de 1594 a 1624 figura la viuda de Juan Gracián como impresora, aunque en realidad se encargase de la casa desde la muerte de su marido (1578). Llamábase María Rodríguez; pero nunca aparece su nombre en las notas de la impresión, donde figura el de su marido con la adición de «difunto» o «que santa gloria haya», o, a lo más, ella no se titula viuda de Juan Gracián, siendo difícil averiguar si procedía así por piedad a la memoria de su marido o por razón comercial.

Pero en varios privilegios y licencias de libros aparece, ya viuda, como impresora y editora.

Juan Catalina.

Majagranzas.

También en la era presente hay Quijotes que, como el héroe de Cervantes, iba por los yermos campos de la Mancha, van por los no menos áridos desiertos de la hipocresía y de la ignorancia, ahitos de ilusiones, repletos de esperanza, sin hacer caso de burlas ni desvíos, seguros de que el horario de los siglos marcará, al fin, un día en que todos los hombres sean buenos, sabios y justos.

XXX.

Nada hay en esta tierra de nuestras andanzas digno de elogio por seguro de acierto como lo extraoficial. Jamás acertaron nuestros hombres de pro a reflejar en la realidad desde las alturas del Poder los esplendores de sus iniciativas, felices por lo calladas. Y siendo así, nada extraño es que el Gobierno haya suspendido la celebración solemne del tercer centenario de la muerte de Cervantes, aquel peregrino ingenio que, como reliquia del pasado, adoran todos: los que saborean las exquisiteces de su literatura y los que ocultan su mediocridad callando la certeza de que jamás posaron su vista profana en la *Historia del ingenioso hidalgo...*, en la vida del ingenioso soldado de Lepanto.

No temáis, pues, que el elemento oficial consagre fiestas, certámenes y gallardetes patriotericos a la memoria del que dió un brazo en la esterilidad de un combate naval y divulgó con el otro el enjundioso numen de la raza hispana. No temáis, decimos, porque siendo España país de paradojas, lo natural es lo ilógico. Lógico sería indignarse contra el Gobierno sanchopancesco que sufrimos por haber suprimido *urbi et orbe* la celebración oficial del Centenario con el motivo ridículo de la guerra actual, cuando precisamente una de las naciones beligerantes—Inglaterra—honra solemnemente a su hijo más preclaro, Shakespeare. Pero lo natural es no indignarse, sino desatar el regocijo de nuestro cervantismo.

Cuando el mazacote oficial anunció la formación de Juntas locales y provinciales y Junta Central del Centenario, temblamos. La acción oficial es nefasta, y más hubiera sido entregada a las autoridades civiles, y militares, y eclesiásticas, y culturales, como ahora decimos. Todos los sanchos habían sido encargados de incensar al sublime creador de Sancho verdadero. ¿No hubiera la memoria de Cervantes sufrido tanto como inquietud y desabrimiento sentía don Quijote cuando, en la presencia de los Duques, desgranaba el escudero su charla tan imprudente para el caballero como regocijante para aquellos señores que hacían del idealismo de Alonso Quijano motivo de sus finas burlas?

¡Como si la patria de Cervantes estuviese sólo formada de ganapanes, el homenaje nacional, y hasta universal, no había de ser intervenido por gentes obreras, ni aun siquiera de aquestos pobretes trabajadores gráficos que dejan su vida en la vorágine gris que se llama imprenta, difundiendo con su trabajo los más felices partos del ingenio humano!

Hemos pedido un puesto en la Junta Central, y el silencio ha sido elocuente respuesta. No somos, según esos distinguidos señores, dignos de cooperar en la obra del homenaje. Los que hubieran sido—¡sálvese el que pueda!—carceleros de Cervantes, los adocenados, los aptos por diploma y quizá ineptos por dictado de la realidad, los sanchos, en una palabra, monopolizan el mangoneo de las suspendidas

fiestas porque irán a ser para ellos las bodas de Camacho, en que mientras D. Quijote escudaba con valerosa decisión la audacia amorosa de Basilio el pobre, Sancho yantaba insaciablemente.

¿Se nos negará por nuestro qui jotismo? Porque nosotros queremos libertar a muchos galeotes que nos apedrean; tendemos la mano al caído; llevamos por la prosaica estepa de la vida actual un idealismo desinteresado, tan ansiado como distante, un ensueño de días mejores en que no existan las palabras «de tuyo y mío».

Pobre, modesto es nuestro homenaje al glorioso autor del *Quijote*; mas como pobre fué su fecunda, existencia y grande su obra, grande será la nuestra que ha de librar al mundo de la opresión y de la tiranía. Pobre, modesta es nuestra ofrenda a Miguel de Cervantes, y si se nos niega puesto en la Junta Central, no por eso dejamos de ocupar puesto preferente en el Centenario.

Viene aquí, para terminar, como anillo al dedo, un cuento que nos va a contar el mismo Sancho y que completa la intención nuestra:

«Digo así—dijo Sancho—que estando, como he dicho, los dos para asentarse a la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba también que el labrador la tomase, porque en su casa se había de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumía de cortés y bien criado jamás quiso, hasta que al hidalgo, mohino, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole: «Sentaos, majagranzas, que adonde quiera que yo me sienta será vuestra cabecera», y este es el cuento, y en verdad que creo que no ha sido aquí traído fuera de propósito.»

Y en verdad también que nosotros ocupamos por qui jotismo la cabecera del homenaje.

R. Lamonedá.

Imprenta de Juan de la Cuesta.

Cuatro imprentas había en Madrid el año 1604, según se desprende de los libros de cuentas de la Hermandad de impresores: la de Luis Sánchez, la de María Rodríguez Rivalde, viuda de Pedro Madrigal, regentada por Juan de la Cuesta, la de Julio Juntí y la de Miguel Serrano.

La imprenta de María Rodríguez, más conocida entonces por «imprenta de Juan de la Cuesta», que en ella tenía mayor categoría que la de un director de trabajos, ya que firmaba contratos con autores, librerías y proveedores de material y ponía su nombre en las portadas y colofones de los libros, tuvo el local en la calle de Atocha, precisamente en el sitio que hoy ocupa la capilla del hospital del Carmen, hasta que, construída la capilla en 1609, por orden del rey Felipe III, y trasladados al edificio anejo los niños y niñas desamparados que tenían su asilo en la calle de Santa Isabel, hubo de cambiar de casa, previo el pago de 3.000 ducados en que se tasó el edificio y el solar.

Y la imprenta fué a parar a la calle de San Eugenio, segunda casa a la derecha, entrando por la calle de Santa Isabel, en el solar dejado por los Desamparados.

En el primer edificio se estampó la primera parte del *Quijote*, en 1604, y en el segundo, la segunda parte, en 1615, y en ambos dos obras mas del gran Cervantes.

Parece que Juan de la Cuesta era dueño en Segovia d una modestísima imprenta, y no se sabe cómo

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

Compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra.

DIRIGIDO AL DVQUE DE BEJAR, Marques de Gibraltón, Conde de Benalcaçar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.



CON PRIVILEGIO, EN MADRID Por Juan de la Cuesta.

Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro señor.

Vino a Madrid encargándose de la casa de María Rodríguez en noviembre de 1599—fecha en que consta ingresando como hermano en la Cofradía de impresores, mediante el abono de 22 reales] de entrada—y permaneciendo en la misma casa, por lo menos, hasta agosto de 1620, pues a partir del cual, deja de figurar su nombre como razón social de la imprenta en las cuentas de la citada Hermandad. La imprenta aparecía aún en 1635, a nombre de María de Quiñones, hija de María Rodríguez; y esta última murió en mayo de 1627, pagando la Hermandad cuatro ducados por su enterramiento y honras fúnebres.

En el año 1604 la imprenta de Juan de la Cuesta era, después de la de Luis Sánchez, la que más personal ocupaba. Probablemente las cuatro imprentas daban trabajo a unos sesenta operarios, de los cuales había: 20, en casa de Juan de la Cuesta; 25, en casa de Luis Sánchez; 15, en casa de Julio Juntí, y 8 o 10, en casa de Miguel Serrano.

Por los antecedentes que da un inventario de la imprenta de María Rodríguez, hecho en 1595, con las deudas y créditos de la casa, y por el estudio de los libros de la tantas veces citada Hermandad, conocemos los nombres de muchos de esos operarios, que son los siguientes:

Regente: Juan de la Cuesta.

Corrector: Juan Alvarez.

Pedro Ropero (el viejo), Cornelio Bodán, García Martínez, Juan Bernal, Bartolomé de León, Mateo Martínez, Juan Leal, Cristóbal, Diego Martín, Francisco Ropero (el mozo), Luis Rodríguez y Francisco Sánchez, impresor o prensista.

Si no todos—de Juan Alvarez no hay más noticias que las dadas por el inventario, y Cornelio Bodán aparece en las cuentas de la Hermandad ausentándose de Madrid, aunque regresando al poco tiempo—, casi todos los citados trabajaron en la composición e impresión de la primera parte del *Quijote*.

La imprenta, tasada en 1595, valía 13.304 reales y 4 maravedises, y la componían 6 prensas, 36 cajas, 24 caballetes o chibaletes, 9 hancos de componer, 4 di-

visorios para colocar el original, 11 galeras, 11 galeones, 5 ramas pequeñas, 2 ramas grandes, «una caja para hacer negro de humo», una saca para recogerle, grúa para cargar el papel, y tablas, piedras, mesas y demás aparejos necesarios para trabajar, guardar el material, limpiar formas, hacer lejía y tinta y mojar papel.

Aparte el material auxiliar y de adorno, los tipos corrientes que tenía la imprenta, ya fundidos, bien en matrices, eran los siguientes:

Breviario de romance, que corresponde al actual cuerpo 9; *entredós*, cuerpo 10; *lectura*, cuerpo 12; *atanasia*, cuerpo 13; *texto*, cuerpo 14; *texto alemán*, gótico del cuerpo 14; *parangona*, cuerpo 18; *paradina chica*, cuerpo 22; *peticanon*, cuerpo 26; *parangona grande* o *misal de Plantino*, cuerpo 36; *gran canon*, cuerpo 42; cursiva de *texto* y de *lectura*; *lectura griega*, cuerpo 9, y *libro de caja* y *breviario antiguo grande*, tipos éstos cuyas correspondencias no conocemos.

En la composición del *Quijote* se empleó la *atanasia* para el texto, y la cursiva de *lectura* para los epígrafes de los capítulos.

El célebre escudo que aparece en la portada de las primeras ediciones del *Quijote*, era el más comúnmente usado por la imprenta de Juan de la Cuesta, y le utilizó por primera vez Pedro Madrigal, el fundador de la Casa, en 1592, para el libro de Bernardino de Moncada, que lleva por título *Comentarios de lo sucedido en la guerra de los Payses Bajos*, según noticias del Sr. Pérez Pastor en su *Bibliografía madrileña del siglo XVI*.

Tal era la imprenta que, para regocijo de las letras, estampó *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Cervantes era de los nuestros.

Los obreros de la Imprenta debemos agradecimiento al *Príncipe de los ingenios* y obligados estamos a ofrendarle un homenaje, siquiera modesto como nuestro, al cumplirse el tercer centenario de su muerte. Y por lo mismo que en Cervantes y su obra han inquirido las más grandes autoridades literarias de todo el mundo, no se tome a osada profanación esto que es muestra de respeto y deseo de llevar alguna flor espiritual a la memoria del que fué llamado por el destino a alzarse con el imperio del habla española y con la más poderosa expresión del ingenio humano.

Plumas doctas que se dedicaron al estudio de Cervantes y su obra han coincidido en la afirmación de que la hermosa locura de Don Quijote está narrada por el hombre más cuerdo y equilibrado que cabe concebir, un hombre desengañado por la experiencia y flexibilizado por la vida; eruditos de gran autoridad han convenido en que Cervantes era digno progenitor de Alonso Quijano *el Bueno* y en éste han visto retratados los sentimientos y prendas personales del Manco de Lepanto. Así, pues, cuando dicen que Don Quijote es la figura del hombre esencialmente altruista, que es un rebelde, un anarquista, un redentor nato que protestaba del estado social de su época porque quería una Humanidad más justa, y que su personalidad nunca desmiente su apacible condición y agradable trato, todos piensan y algunos afirman que esas eran cualidades propias de Cervantes.

Y si el espíritu de las cosas hemos de deducirlo de los hechos, digamos que la vida del autor de *La Galatea* fué de lo más apurada y azarosa, ya que él mismo nos dice que es «más versado en desdichas que en versos», y expongamos algo de lo mucho que le acacó: fué intrépido luchador en Lepanto, heroico cautivo en Argel, poeta, soldado y alcahalero; se vió menospreciado por los poderosos; inicua mente procesado por la Inquisición por denuncias del fraile dominico que se llamó Juan Blanco de Paz; excomulgado sin razón por el clero de Ecija; vejado y preso en Valladolid por equivocaciones de un juez que le acusaba de asesinato; preso en las cárceles de Argamasilla de Alba y Sevilla por deudas al Fisco, si bien en esta última vió mitigada su pena al hacer amistad con Mateo Alemán, también recluso, que allí le dió a conocer las primicias de la joya de la literatura que lleva por título *La atalaya de la vida humana, aventuras y vida del pícaro Guzmán de*

Alfarache, y, en fin, Cervantes, que siempre se mostró noble, independiente y fuerte, amoroso para el trabajo y resignado en la desgracia; que fué en literatura padre de la novela grande, de la novela corta y del sainete, se vió atropellado siempre, vivió necesitado,

que Cervantes no cenó cuando terminó el *Quijote*.

y murió obscura y miserablemente, siendo objeto de groseros insultos en vida y muerte, pues no sólo no fué alabado como se merecía, sino que fué escarnecido por los escritores de su tiempo.

En cuanto a la personalidad literaria, D. Martín Fernández Navarrete dice que «causa admiración que Cervantes no lograra despertar la atención de sus contemporáneos, que no sólo le desdénaron, sino que llegaron al extremo de ignorar su verdadera patria».

De *ingenio lego* le calificaron los pedantes de su época y contra él se escribieron infinitas diatribas, unas en prosa, como la de D. Esteban Manuel de Villegas que comparaba a Cervantes con un mozo de mulas; otras en verso, como aquella que termina:

Para que no escribieras, orden fué del cielo que mancases en Corfú; hablaste, buey; pero dijiste *mí*, ¡oh, mala quirotada que te dé! anónima como esta otra.

Ese tu *Don Quijote* baladl de *cu... en cu...* por el mundo trá vendiendo especias y azafrán rumí.

Conocida es la enemiga que Lope de Vega — que estaba considerado como el más grande prestigio literario de aquella época — tenía a Cervantes, de quien dijo y escribió mucho malo. He aquí un botón de muestra en verso:

Don Quijote de la Mancha
(perdone Dios á Cervantes)
fué de los extravagantes

y otro en prosa: «De poetas no digo: muchos en cierce para el año que viene; pero ninguno hay tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe a *Don Quijote*».

Y las distintas conductas del *Fénix de los ingenios* y del *Regocijo de las musas* pueden servir de explicación a mucho de lo que dejamos consignado. Lope de Vega, a quien Cervantes llamó *Monstruo de la naturaleza*, quizá por lo intenso de su labor literaria — escribió ocho páginas diarias, 136.000 en su vida y 21.000.000 de versos — y porque su producción era más instintiva que reflexiva, sin duda porque aspiró y logró ser intérprete fidelísimo de los sentimientos dominantes entonces en el pueblo español, tuvo con el gusto depravado del público una excesiva condescendencia, que trató de justificar con aquello de que

el pueblo es necio y, pues lo paga es justo
hablarle en necio para darle gusto:

En cambio, Cervantes jamás prostituyó su arte, combatió los géneros de literatura que creyó perniciosos a la educación del pueblo, burlándose de los libros de caballería y de los poetas al uso, y en todo momento de su vida se manifestó el hombre probo, sincero, ecuaníme y sin hipocresías de ninguna clase.

Y mientras Lope de Vega vivió cómodamente y murió tranquilo y colmado de honores y distinciones y su entierro fué una solemnidad pública en que con pompa regia oficiaron de pontifical hasta cinco obispos, Miguel de Cervantes llevó una vida azarosa y

NOVELAS EJEMPLARES DE MIGUEL DE Cervantes Saavedra.

DIRIGIDO A DON PEDRO FERNANDEZ DE CASTRO, Conde de Lemos, de Andrade, y de Villalua, Marques de Sarria, Gentilhombre de la Camara de Su Magestad, Virrey, Governador, y Capitan General del Reyno de Napoles, Comendador de la Encomienda de la Zarza de la Orden de Alcantara.



Año

1613.

Con privilegio de Castilla, y de los Reynos de la Corona de Aragón.
EN MADRID, Por Juan de la Cuesta.

Véndese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro Señor.

llena de necesidades, y hasta después de muerto fué tratado injustamente.

El distinguido escritor D. Luis Vidart ha observado que en los catorce volúmenes que constituyen el *Teatro crítico* y las *Cartas eruditas* del padre Feijóo, monumento de crítica literaria donde se mencionan centenares de autores y de libros, ni una sola vez se cita a Cervantes ni a su obra.

Para que se le hiciese justicia en España y se le glorificase como merecía fué necesario el generoso entusiasmo de los extranjeros doctos, que dieron el alerta (entre ellos el barón de Carteret y la reina de Inglaterra), y entonces, más de un siglo después de muerto el autor, se empezó a ver en *Don Quijote* lo profundo y lo secreto, lo alto y significativo que contiene.

«El *Quijote* — ha dicho Benot — apareció en hora feliz y pasó cual meteoro; pero hoy es reguero permanente de luz póstuma que no se pone jamás en el espíritu.»

En lo que consignado queda claramente se ve que la intención y el brazo de Cervantes estaban prontos al servicio de los oprimidos, y que si en su época tuvo el valor de luchar por los inmanentes principios de la justicia, si viviera hoy se pondría abiertamente a nuestro lado, y en la defensa de un régimen social más equitativo sería un paladín esforzado de la causa del Proletariado. Al enderezar entuertos, desfacer agravios, amparar huérfanos, exterminar jayanes, follones, malandrines y encantadores y dar auxilio a los menesterosos, Cervantes fué un campeón en el apostolado de la doctrina ampliamente socialista: era de los nuestros.

Y si como proletarios le debemos reconocimiento eterno, como obreros de la Imprenta le estamos

VIAGE DEL PARNASO, COMPUESTO POR Miguel de Cervantes Saavedra.

Dirigido a don Rodrigo de Tapia,
Cavallero del Habito de Santiago,
hijo del señor Pedro de Tapia Oy-
dor de Consejo Real, y Consultor
del Santo Oficio de la Inqui-
sición Suprema.

Año



1614.

CON PRIVILEGIO

EN MADRID,

Por la viuda de Alonso Martín.

agradecidos. Hartzenbusch ha dicho que las primeras ediciones del *Quijote* adolecen de yerros que obligan a inferir que Cervantes no corrigió cuidadosamente las pruebas, sin duda por la confianza y respeto que sentía hacia los obreros de la Imprenta.

Otra muestra de esa consideración que nos tenía es el modo discreto con que subsana un error importante que los cajistas de Juan de la Cuesta cometieron en la primera parte del *Quijote*. Dice Cervantes en la segunda parte, capítulo XXVII:

Este Ginés de Pasamonte, á quien Don Quijote llamaba Ginesillo de Parapillo, fué el que hurtó á Sancho Panza el rucio, que por no haberse puesto el cómo ni el cuándo en la primera parte, por culpa de los impresores, ha dado en qué entender á muchos que atribulan á poca memoria del autor la falta de imprenta.

Y si recordamos la unción con que hace que Don Quijote visite una imprenta en Barcelona y el interés con que pregunta y observa el modo de practicar las operaciones propias del oficio, motivos son más que suficientes para nuestra eterna gratitud.

Y al dedicar hoy este merecido homenaje á Miguel de Cervantes Saavedra no nos olvidemos de aquellos compañeros nuestros que tuvieron la suerte de confeccionar la obra inmortal. He aquí sus nombres: Juan de la Cuesta, regente; Juan Alvarez, corrector; Pedro Roperó, García Martínez, Juan Bernal, Bartolomé de León, Mateo Martínez, Juan Leal, Francisco Roperó y Luis Rodríguez, cajistas; Francisco Sánchez, prestista, y Francisco Robles, fundidor.

Cervantes sufrió en vida toda suerte de humillaciones; pero la Historia por voto universal le ha otorgado después los más excelsos homenajes y ha dicho que la lengua española se llame *lengua de Cervantes*, y así será mientras haya quien aprecie la belleza y luzca

del alma ingenio peregrina dote,

hollandando cuanto el gusto vulgar crea
desdén del tiempo, vivirá el *Quijote*.

Francisco Núñez Tomás.

Guillermo Shakespeare.

Nació y murió en Stratford; nació antes del 26 de abril de 1564, en que le bautizaron; murió en 23 de abril de 1616.

En la escuela de su pueblo aprendió latín y algo de griego. Más tarde, estudió en Londres el francés, el italiano y tal vez nuestro idioma.

Aunque hijo de padres acomodados, ejerció de joven la industria, fué maestro de escuela y pasante de procurador.

Tendría como veinte años cuando pasó a Londres y entró en una compañía de cómicos. Allí se sintió a la vez actor y autor. Copropietario del teatro de Blackfriar, es de presumir que no tardara en representar obras de su poderosa fantasía. Empezó a escribir para el teatro el año 1589, y dos años después era conocido y envidiado como poeta dramático. Había ya entonces escrito *Enrique IV*, *Tito Andrónico*, *Pericles*, *Los gentiles hombres de Verona* y una imitación de Plauto titulada *La comedia de los errores*.

Aunque en estas obras dió a conocer su fecunda imaginación y su conocimiento del corazón humano, desplegó más altas dotes en las que compuso desde el año 1591 al 1600; escribió entonces: *Penas de amor perdidas*, *Es bien lo que bien acaba*, *El sueño de una noche de verano*, *El mercader de Venecia*, *Ricardo II*, *Ricardo III*, *El rey Juan*, *Las alegres comadres de Windsor* y *Romeo y Julieta*, una de sus

más delicadas y tiernas composiciones.

Después del año 1600, dió a sus dramas un carácter más severo y colores más sombríos, argumentos más complicados. Escribió: *Como gustéis*, *Mucho ruido para nada*, *Otelo*, *Medida por medida*, *Macbeth* y *El rey Lear*. Más tranquilo después, compuso: *Julio César*, *Antonio y Cleopatra*, *Froilo y Crestida*, *Cimbelino*, *Coriolano*, *El cuento de invierno* y *Enrique VIII*.

Algunas otras composiciones dió a luz, entre ellas *Hamlet*, tal vez la más conocida en España, por haberla traducido ha muchos años en prosa nuestro don Leandro Fernández de Moratín.

Traductores los ha tenido Shakespeare en casi todas las lenguas. En nuestra misma España ha tenido a Clark, al marqués de Dos Hermanas, a Matías Velasco y Rojas, a Marcelino Menéndez y Pelayo y a Guillermo Mac-Pherson, a nuestro juicio el más fiel de todos los traductores.

No hablaremos del mérito de Shakespeare; no hay con qué encarecerlo a pesar de los muchos defectos que lo oscurecen. Se abusa de la palabra *genio*; un genio era Guillermo Shakespeare.

Francisco Pi y Margall.

Cervantes, Gutenberg, Colón.

... los pueblos semejan á los buitres, aficionadas á carne muerta, pues abandonan á sus hijos cuando vivos y luego se disputan sus cadáveres.

(BENJUMEA, *Novísima historia de Cervantes*.)

Cada uno de los nombres con que se encabeza estas líneas es suficiente a llenar las más gloriosas páginas, al propio tiempo que las más tristes y oprobiosas, si en ellas se diera cuenta del pago que en vida recibieron, en premio a la meritisima labor que llevaron a cabo.

Los tres son acreedores a que se les recuerde con cariño, respeto, admiración y agradecimiento.

Miguel de Cervantes (1547-1616) legó a la posteridad, entre otras muchas obras fruto de su inmenso talento, el más grande y más hermoso de los libros, el de que mayor número de ediciones se ha hecho, el que ha sido traducido a todos los idiomas, el que encierra tantas enseñanzas: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Juan Gutenberg (1400-1468) no fué escritor, pero en cambio a él se debe la invención de la Imprenta, de ese maravilloso arte «que dió a las letras la fecundidad de la vida, al pensamiento sus alas y al espíritu de la moderna civilización la bandera con que vencerá siempre a la ignorancia y la barbarie».

Cristóbal Colón (1440-1506) se propuso descubrir un nuevo mundo, y llevó a la práctica su arriesgadísimo proyecto con mayores resultados quizá de lo que él pudo pensar.

Esto hizo cada uno de los hombres que citados quedan. ¿Qué pago tuvieron?

El que generalmente tienen los que se conducen honradamente y los que han consumido su vida haciendo bien a la Humanidad.

Miguel de Cervantes, Juan Gutenberg y Cristóbal Colón fueron burlados, escarnecidos, vilipendiados, encarcelados, y murieron ante la mayor indiferencia de los de su tiempo y en la más grande de las miserias.

En cambio, cuando muertos, muchos han sido los pueblos que reivindicaron para sí la gloria de haber sido la cuna de estos ilustres hombres, y les erigieron soberbios monumentos, aunque para ello dejaron pasar muchos años.

¿Envidias, recelos, hipocresías, maldades?

Yo creo que todo a un tiempo influyó en el triste fin de estos tres inmortales hombres, pues en el mundo fueron y son muchos los *marfuces*.

Si en vez de dedicarse a escribir, a inventar, a descubrir, se hubieran dedicado a ser políticos o patriotas a la moderna, otro fuera el transcurrir de su vida, y en sus últimos días se habrían visto rodeados, si no de leales y reconocidos, al menos, de quienes alejaran el completo desamparo en que se vieron.

Y con ocasión del tercer centenario de la muerte de Cervantes, al honrar su memoria he querido honrar también la de Gutenberg y Colón, ya que tanta semejanza guardaran en su vida y en su muerte.

H. Bolonio.

Imprenta de Alonso Martín

Alonso Martín de Balboa debió establecerse a fines de 1607 o principios de 1608 y la primera obra conocida de sus prensas fué la tercera edición de la *Historia natural y moral de las Indias*, escrita por el P. José Acosta (de la Compañía de Jesús).

No mal impreso este libro y otros posteriores, bien pronto la imprenta tuvo trabajo abundante y desde el mismo 1608 se colocó casi al lado de las imprentas de Luis Sánchez, Real o de Julio Junti de Modesti y Juan de la Cuesta, que eran los que más trabajaban.

En 1613 murió este impresor, tomando su viuda la dirección de la casa, puesto que ya en ese año aparecen libros cuyo pie de imprenta reza: «Viuda de Alonso Martín».

En 1620 concluyen nuestras noticias.

Al autor del "Quijote," en el III centenario de su muerte.

¡Oh, Genio de los Genios! ¡Oh, Cervantes!

En honor a tu historia literaria,
hoy las clases burguesa y proletaria
olvidanse que son beligerantes.

Las Musas del Parnaso van errantes,
y al dejar su mansión hospitalaria,
imploran de tu patria una plegaria;
def poeta sus rimas más brillantes.

Y yo, que nada sé de poesía,
al fallo de mi patria me someto
y te rindo homenaje en este día,
henchido de emoción y de respeto:
que, aun no sabiendo hacer un mal soneto,
también sabe sentir el alma mía.

Gregorio Aguayo Marañón.

Madrid y abril, 1916.

Miguel de Cervantes (1547-1616) llegó a la gran...

Juan Rodríguez (1493-1580) en los escritos, por...

El que generalmente tienen los que se conside...

Miguel de Cervantes, Juan Rodríguez y Cristóbal...

En cambio, cuando nosotros muchos han sido los...

Y es que tal es un tiempo al que se le trata...

decaer, se habitan decaer a ser profeta de su...

Y con ocasión del tercer centenario de la muerte...

En 1820 concluyen estas noticias.

Imprenta de Alonso Martín

Alonso Martín de Burgos dejó establecido a fines...

No nos faltan los libros y otros materiales, han...

En 1820 concluyen estas noticias.

El autor del "Quijote"

En el III centenario de su muerte.

En honor a la patria literaria.

Y es, que todo se da por...

En honor a la patria literaria.

William Shakespeare...

Todo es un mundo...

El que generalmente...

Miguel de Cervantes...

En cambio, cuando...

Y es que tal es...

decaer, se habitan...

Y con ocasión del...

En 1820 concluyen...

Imprenta de Alonso Martín

Alonso Martín de Burgos...

No nos faltan los...

En 1820 concluyen...

El autor del "Quijote"

En el III centenario...

En honor a la patria...

Y es, que todo se...

En honor a la patria...

VIAGE DEL PARANÁ POR COMPUESTO POR Miguel de Cervantes Saavedra. Dirigido a don Rodrigo de Tapia...



CON PRIVILEGIO EN MADRID Por la viuda de Alonso Martín

agregación de... y el reconocimiento...

Y el reconocimiento... y el reconocimiento...

En honor a la patria literaria...

Una imprenta a principios del siglo XVII

Consta de varios instrumentos y oficiales, como Fundidor, Componedor, Corrector, Tirador y Batidor.

Toca al primero fundir caracteres, viñetas, que son ciertas flores talladas para ceñir cosas que requieren particular curiosidad y reglas para dividir y cercar las planas o páginas.

Para la fundición se derrite estaño o plomo, todo mezclado en una cuchara de hierro grande, y con otra pequeña se echa el metal en sus moldes de hierro con las matrices de cobre, donde está formada la letra.

Quiébrase, pásase por una piedra y compónese para cortar el pie, porque estén iguales y derechas, y luego se cuentan y entregan al impresor,

Pertenece al Componedor sacar del original lo que ha de componer. Los instrumentos necesarios para tales ministerios son letras usuales e iniciales, ligaturas y diptongos de diferentes formas y grandezas, aunque de una mismas igualdad y altura. Los mayores son caracteres de canto y música, luego gran Canon, menor, Peticanon, y respectivo menores las de Misal, Parangona, Texto, Atanasia, Lectura, Breviario, Glosa, Miñona y Nomporela, con Griego y Hebreo en proporción. Echase las letras en una caja grande, dividida en otras pequeñas, llamándose distribuir a repartirlas en semejantes cajetines. Distribuida la letra, se pone el original, que se debe acomodar en cierto instrumento largo y angosto, con un encaje del pie donde se tiene firme, con nombre de divisorio. Pónese en forma de cruz otro de hierro o palo de una pieza, que, desde al principio al fin, está cortado por medio, sirviendo de ceñir al original, porque no se caiga, y de ir ajuntando con la materia que se compone, y dícese mordante.

Lée el componedor lo que ha de sacar, y en otro instrumento de una o dos piezas, de palo, metal o hierro (con cierta concavidad bastante para poner en él las líneas de la medida que se quieren hacer), se va componiendo y ajustando los renglones iguales todos, llamando espacio al que divide una palabra de otra y cuadrado al que parte los mismos renglones, siendo uno y otro del propio metal que las letras.

Compuesto el renglón, se pone en otro instrumento de madera con unos perfiles en forma de paredes más bajas que la letra por cabecera y lados solamente, que se llama galera, y se pone ladeada la parte inferior, porque no se caiga lo compuesto. Por el pie entra una tabla tan delgada como un cartón, con una parte de ella que sale fuera de la galera de cuatro dedos de largo y dos de ancho en un principio, y al fin de cuatro poco más o menos y a esta llaman bolandera. Y hecha la página, se ata con una cuerda; sácase la bolandera, pónese encima de una tabla igual y lisa, y tirando de ella queda la página con la tabla.

Compuestas las páginas competentes, según la marca que va el libro, grandes o pequeñas, que llenen un pliego por la una parte (sea de a folio, de a cuarto, de a octavo, diez y seis, treinta y dos, sesenta y cuatro y otras), se pone un instrumento de hierro igual, liso y fuerte, hecho de cuatro piezas juntas y unidas, y otra que atraviesa de alto a bajo por medio, que ciñe aquellas páginas de que consta la forma, y dícese rama. Esta tiene ciertas concavidades por los dos lados, y el pie en que encajan, de metal, cobre o hierro, ciertos pedazos que llenan aquellos vacíos, llamándolos porquezuelas. Atraviesa la rama y porquezuela un agujero con roscas dentro por donde entran ciertos tornillos.

Pónese en la parte alta unos palos, que llaman cabeceras. El hierro que atraviesa la rama, y las reglas que se le arriman, se dicen cruceros; lo que se pone a los lados, lado, y pie lo que se pone al pie, siendo la obra de a folio; mas, si de otra suerte, se llaman medianiles por demediar las páginas y sus divisiones. Después se ponen dos hierros a los pies, y otros dos a los lados, llamando imponer a esto y al poner las páginas en tal concierto y orden que se puedan leer. Impuesta la forma, se aprietan fuertemente los tornillos, dando vueltas con un instrumento de hierro, con nombre de llave que tiene dos como dientes que

encajan los tornillos. Lévese tras esto a la Prensa, donde se saca una muestra que llaman prueba, dándose al Corrector para que corrija las mentiras y las enmiende el Componedor. Estámpase, en fin, en la Prensa, llamando tirar a semejante operación. La Prensa consta de varios instrumentos: tablado, dos piernas o maderos a propósito, escalera, dos vandas, camprones, cofre, cigüeña, carro con cierta cuerda, manija, una piedra en que asienta la forma, con hierros y tornillos a los lados, con nombres de visagras y cantoneras. De aquí está asido uno que llaman tímpano, encima de quien ponen ciertos paños. Tápase con otro llamado timpanillo, cubierto de pergamino. Hállanse en él dos puntas, a quien dicen punturas, para que el papel esté firme. Aquí se pone el pliego y se prende con unos instrumentos llamados chavetas, de que se ase otro llamado frasqueta, que guarda limpia la obra. Dásele tinta, que consta de aceite de linaza y trementina, sin llevar rejalgas, como pensaron algunos ignorantes. Cuécese y confecciona, recibiendo después el color negro de humo y el colorado de vermellón. Toca al tirador el cargo principal de la Prensa; él es quien ajusta para que los renglones salgan a la vuelta (que llaman retiración) en línea con los precedentes, que se dicen de blanco.

Es propio suyo mirar las concordancias del guión, o reclamo, de la signatura, que es la letra que se pone al fin de algunas páginas, como A 2., y el reclamo es una palabra última de la página que está junto aquella signatura, que concuerda con la que sigue. También es su obligación mojar el papel, no pudiéndose imprimir seco.

Pertenece al Batidor ser coadjutor del Tirador, como subordinado a él, y hacer las balas, que son ciertos instrumentos a manera de plato con un palo que sale de ellas, con que se toman en la mano. Hínchase de lana, cúbranse de valdrés, toman tinta con las mismas, y después de bien repartido (a quien llaman distribuir), se la dan a la forma. Es suyo asimismo mezclar la tinta para que salga negra; lavar las formas con legía para que se limpien, etc.

Toca al Corrector corregir las mentiras, señalándolas; comprobar para ver si están bien correctas; mirar las concordancias, folios y signaturas, con otros casos.

Para evitar molestias al lector, he dejado de poner otros muchos instrumentos que intervienen en la Imprenta, aunque de menos consideración. Asimismo el artificio con que se hacen las obras de colorado y negro, como son las Horas, Breviarios y Misales, fáciles de ver a quien entrare en ella.

En suma, puedo decir ser tal arte, no sólo ingeniosísima y noble, sino del provecho público y particular que se sabe, y así digna de toda honra y estimación.

La fatiga de todos sus Oficiales es increíble, y no menor la de los Autores mientras duran las impresiones de sus Libros. Entre unos y otros suelen haber no pocas diferencias y rózcas nacidas así de las prolijidades de los primeros como de las remisiones de los estímulos tan bien en parte están disculpados por ser preciso en ellos cualquier instante de tiempo para la puntualidad de sus tareas, que pueden ser grandes. Mas al cabo paran setas rencillas en mucha satisfacción y agradecimiento.

Cristóbal Suárez de Figueroa.

El Don Quijote de la Mancha.

Hay un solo autor español de universal renombre: Cervantes; cuya fama imperecedera arranca de una sola de sus producciones literarias: el *Quijote*; novela traducida a todas las lenguas cultas del mundo y de todo el mundo celebrada después de tres siglos de éxito.

Pero, mientras los eruditos debaten sobre si existieron en España y a un mismo tiempo dos personas de igual nombre: *Miguel de Cervantes Saavedra*, cuyas partidas de bautismo se hallan registradas respectivamente en los archivos parroquiales de Alcalá de Henares y de Alcázar de San Juan, dos poblaciones que se disputan la gloria de haber sido la cuna del insigne autor del *Quijote*; el pueblo español, el alma de este pueblo (que no se perca de las nimiedades eruditas de los sabios), tiene también su Miguel de Cervantes, o su Cervantes a secas, hechura de su espíritu, distinto del Cervantes real y verdadero que la biografía histórico-crítica nos ha revelado, pero cuya figura ideal ve la imaginación popular a través de su prisma en toda su grandeza o con grandeza superior a la figura histórica.

En boca del pueblo—del pueblo sin distinción de clases—vive la vida de la inmortalidad folklórica un Cervantes escritor muy célebre, y muy pobre, víctima de su saber y de su bondad, perseguido y maltratado, que escribió en una cárcel el libro que más gloria ha dado a España, cuyo autor no pudo cenar el día que terminó el original del *Don Quijote*. Así cree ingenuamente nuestro pueblo.

Pero la realidad histórica nos da a conocer en la biografía documentada de Cervantes un hombre intelectual de gran talla literaria, no libre de enemigos, relacionado con las primeras figuras de su tiempo, amigo y deudo de títulos de la nobleza, comisionado

O C H O

COMEDIAS, Y OCHO
ENTREMESES NUEVOS,
Nunca representados.

COMPUESTAS POR MIGUEL
de Cervantes Saavedra.

DIRIGIDAS A DON PEDRO FERNANDEZ DE CASTRO, Conde de Lenos, de Andrade, y de Villalva, Marqués de Sarria, Gentilhombre de la Cámara de su Magestad, Comendador de la Encomienda de Peñafiel, y la Zarza, de la Orden de Alcántara, Virrey, Gobernador, y Capitán general del Reyno de Napoles, y Presidente del supremo Consejo de Italia.

LOS TITULOS DESTAS OCHO COMEDIAS,
Y sus entremeses van en la quarta hoja.

Año



1615.

CON PRIVILEGIO.

EN MADRID, Por la Viuda de Alonso Martin.

A costa de Juan de Villarroel, mercader de libros, vendense en su casa
en la plazuela de: Angel.

algunas veces para cargos administrativos del Estado; no rico, pero poseyendo casa y tierras en el pueblo de Esquivias. Lo cual no empece que fuese soldado voluntario (cosa muy propia de hombres distinguidos de aquella época) y que perdiera parte de un brazo en la batalla de Lepanto, ni que un día, yendo por mar, cayera en manos de piratas argelinos y, cautivo, sufriera amarguras que dieron lugar a grandes heroicidades y a que mostrara la magnitud de su ingenio, hasta alcanzar la redención y pisar de nuevo el santo suelo de la patria.—Cierto es también que en España fué encarcelado y procesado, aunque sin menoscabo de su honra, según resulta de los autos, y nada tuvo que ver en ello el escritor, víctima casual como tantos particulares, del celo excesivo o mal aplicado de los que secundan la acción de la justicia.

Hemos indicado que existieron dos Miguel de Cervantes: el de Alcalá de Henares y el de Alcázar de San Juan; y que independientemente de esta realidad histórica perduran todavía dos Cervantes, pero en un mismo hombre, en una misma y única fama: el popular y el histórico; y es bien sabido que estos dualismos siempre se forman alrededor de toda grandeza que encarna en el alma del pueblo, siempre piadosa y siempre ingenua. La grandeza del nombre y la figura de Cervantes tiene por pedestal un libro único: en DON QUIJOTE DE LA MANCHA: obra que, por lo mismo que es famosa desde que vió la luz, tiene el contrasello de su extraordinario valor en otro libro, falsificación, en cierto modo, del inmortal y universalmente celebrado, debido a un autor misterioso, émulo y enemigo de Cervantes, que se ocultó bajo el nombre de Fernández de Avellaneda, vecino de Torlillas.

Sin embargo, la voz popular dice que la publicación del *Quijote* auténtico no tuvo éxito mientras vivió su autor, pues sus contemporáneos no advirtieron las bellezas de la obra hasta la hora de las alabanzas, que llegó para Cervantes con el sudario de la muerte en el año 1616.

Todo lo cual es pura creación poética popular, que

o tiene más fundamento que un sentimentalismo empuñado en creer las cosas como la gente imagina que sean sin estudiar como realmente son o fueron (1).

Ninguno de los famosos literatos españoles, excepto Cervantes, tiene aureola parecida, aunque se llamen Calderón, Lope, fray Luis de León y de Granada, Hurtado de Mendoza, etc.; ni otro libro de Cervantes, sino el *Don Quijote*, ha sido tan honrado por el número de sus reimpresiones y la universalidad de sus traducciones, ni autor alguno ha compuesto en tal género literario obra superior ni siquiera igual a ella.

Las primeras ediciones del Don Quijote.

Primeras, así, en plural; pues sería incompleto e injusto tratar de la tirada que unos distinguen con la duplicación de primera *primera* y otros llaman impropriamente *edición príncipe*, siguiendo un error del Diccionario de la Academia.

Existen, de un mismo año, 1605, seis ediciones: dos de Madrid, dos de Lisboa y dos de Valencia. No sabemos de obra alguna anterior al *Quijote* que ofrezca un cuadro tan expresivo y elocuente de éxito literario ¡Seis ediciones en doce meses! cuando la publicidad no contaba aún con medios de expansión y propaganda tales como el actual servicio de correos, el ferrocarril, la prensa periódica, el telégrafo y el teléfono; cuando el viaje de Madrid a una capital de provincia, que hoy se efectúa cómodamente en contadas horas, exigía algunas jornadas y descansos en posadas y mesones durante unos días. Éxito natural, espontáneo hubo de ser, al que debieron coadyuvar cada uno de los lectores comunicando la novedad entre sus relaciones al leer por primera vez el *Quijote* y saborear las bellezas y gracejo de aquella literatura lozana, viva, interesante, variada, culta, saturada de un humorismo que si obliga a asomar la risa en los labios, en cambio su profundo sentimiento humano convida al entendimiento a reflexionar, a medida que siguen su rumbo aquellos originales tipos de Don Quijote y Sancho, creaciones de primer orden, síntesis exacta de la Humanidad constituida eternamente de una parte por soñadores, cuyo tipo ha cristalizado en el caballero manchego, y la otra mitad formada por utilitaristas, representados por Sancho el escudero; tipos opuestos en grado sumo y que, sin embargo, se completan mutuamente en la vida de relación, puesto que el equilibrio hace que uno enfrente al otro. El mundo que desfila junto a los dos personajes de la genial novela, ya se burle o apalee a los dos prototipos, forma un tercer elemento: el indiferente o la mediocridad vulgar de todas las clases sociales, que sin sospecharlo, da relieve a la creación sintética de aquellos humanos símbolos.

Durante unos doscientos cincuenta años nadie supo fijamente cuál era la primera edición del libro celebrísimo; los estudios iban por rumbos distintos del espíritu de investigación y norma crítica que informa nuestra edad influida por el positivismo. Hacia 1874 púsose en claro la existencia de dos ediciones de la primera parte, impresas en Madrid por Juan

(1) Durante la vida de Cervantes se hicieron quince ediciones del *Quijote*, y debido a la celebridad alcanzada por su autor, la obra póstuma del mismo —*Persiles y Sigismunda*— logró siete ediciones el primer año de su aparición (1617), cuando Cervantes acababa de bajar al sepulcro.

El historiador de la literatura española a Ticknor, aunque no conoció todas las primitivas ediciones de la inmortal novela, dice: «De modo que, en nueve o diez años hubo como ediciones de la primera parte del *Quijote*, lo cual supone una circulación mayor que la de las obras de Shakespeare, Milton, Racine o Molière, que, siendo del mismo siglo, pueden, a este propósito, ser comparados con Cervantes.—(*History of the Spanish Literature*; Boston, 1854, T. III, P. 436).—Se quedó corto pues, Ticknor.

de la Cuesta, casi iguales, a simple vista, y ambas de una misma fecha. Una de ellas debía ser la primera, puesto que las ediciones de Lisboa y Valencia son reimpresiones. La diferencia esencial que permite distinguirlas por sus portadas, consiste en el grupo epigráfico del pie de imprenta. En la que se reputa por *primera primera*, o *príncipe* (?), únicamente se lee:

CON PRIVILEGIO,

EN MADRID Por Juan de la Cuesta

Véndese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro. Señor.

y en la *primera-segunda*, léese esta variante:

CON PRIVILEGIO DE CASTILLA, ARAGÓN Y PORTUGAL

Además, contiene una errata en la séptima línea de la parte superior de la portada, titulado al Duque de Béjar «Conde de Barcelona», en lugar de «Conde de Benalcazar».

El texto de ambas, siendo igual, contiene variantes, erratas y alguna omisión de bulto, y otro tanto ocurre con las reimpresiones lisboenses y valencianas; dando esto por resultado que ninguna de aquellas seis ediciones primitivas pueda señalarse sobre las otras por la pureza de su corrección y fidelidad de su texto, aunque la del *Privilegio de Castilla, Aragón y Portugal* es la preferida por los inteligentes. De aquí nace la dificultad de sacar una edición que sea tomada por el texto depurado del *Don Quijote* y que los sabios discurren, analicen y critiquen giros, frases, vocablos, etc., dando gran importancia a lo pequeño, mientras el mundo sigue leyendo y solazándose en lo grande del *Quijote*, unos en su lengua original, otros en traducciones más o menos fieles, pero siempre faltas del *quid* especial, nexo del pensamiento y lengua fusionados en que fué concebida y realizada la obra genial. La materialidad de las dos ediciones de Juan de la Cuesta, es corriente, antes vulgar e industrial que distinguida. Un papel de mala calidad, una composición desaliñada en lo que respecta a los paqueteros, y una impresión desigual, algo sucia, digna de aquella época, que ha sido la menos distinguida de nuestra tipografía. Sin embargo, es de justicia reconocer la bondad de la epigrafía en ambas portadas, que sobre otro papel y en impresión más pulcra, honrarían al ajustador, verdadero artista, que debió ser el mismo Juan de la Cuesta.

La técnica tipográfica del Don Quijote de 1605-1615.

Las portadas primitivas del *Quijote* de Madrid pueden tomarse como tipo (si no por modelo) del estilo tipográfico de su época. En distintos libros estampados en aquella casa, nos ha llamado la atención esta particularidad, que brilla, por cierto, cuando el papel tiene mejores condiciones que el de la primera y segunda edición del *Quijote*.

Es muy posible que algunos de los profesionales opinen distintamente, y que otros se pregunten, extrañados, si en efecto hay arte o gusto a través del aspecto burdo de la tirada y de la monotonía de los títulos; monotonía truncada gracias al grabado de la marca tipográfica, demasiado grande para tales portadas, según el criterio general, y es el único elemento que las realza, entona y da carácter.

Ambas están cortadas por un mismo patrón y obedecen a un solo gusto, por lo cual podemos englobar las dos en un solo concepto profesional. Su arte o estilo pertenece al renacimiento decadente, y no se puede apreciar su mérito relativo y pureza técnica sin conocer los buenos modelos españoles de las portadas del siglo XVI, de las cuales aquella es una derivación bastante apreciable. No debe olvidarse que para llegar al estado actual del arte de componer títulos han debido pasar dos siglos de continua labor, después de los cuales seguramente no hemos progresado en la composición epigráfica con relación al lapso de tiempo transcurrido.

Lejos de ser una producción inculta, empírica o caprichosa, la composición de títulos y disposición total de aquellas portadas, su técnica se apoya en un estilo y norma determinados, aunque ese tipo sea labor decadentista propia de los estilos que tocan a su ocaso. El concepto estético en que se informa es éste: concentrar la atención sobre las primeras líneas de la portada, empezando la composición con la titular de mayor cuerpo, estableciendo una escala descendente, graduada, saltando de una a otra caja de una misma

SEGUNDA PARTE DEL INGENIOSO CAVALLERO DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

Por Miguel de Cervantes Saavedra, autor de su primera parte.

Dirigida a don Pedro Fernandez de Castro, Conde de Lenos, de Andrade, y de Villalva, Marques de Sarria, Gentil hombre de la Camara de su Magestad, Comendador de la Encomienda de Peñafiel, y la Zarca de la Orden de Alcántara, Virrey, Governador, y Capitan General del Reyno de Napoles, y Presidente del supremo Consejo de Italia.



CON PRIVILEGIO,

En Madrid, Por Juan de la Cuesta.

Véndese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey N. S.

de la Carta, con fines, a saber, de...

CON PRIVILEGIO

En Madrid por Juan de la Cruz...

En la imprenta de Juan de la Cruz...

Además, contiene una serie de...

El texto de cada una de las...

En la imprenta de Juan de la Cruz...

CON PRIVILEGIO

En Madrid por Juan de la Cruz...

En la imprenta de Juan de la Cruz...

Además, contiene una serie de...

El texto de cada una de las...

En la imprenta de Juan de la Cruz...

CON PRIVILEGIO

En Madrid por Juan de la Cruz...

En la imprenta de Juan de la Cruz...

Además, contiene una serie de...

El texto de cada una de las...

En la imprenta de Juan de la Cruz...

SEGUNDA PARTE DEL INCENSIOSO CAVALLEIRO DON QUIXOTE DE LA MANCHA

En la imprenta de Juan de la Cruz...



En Madrid por Juan de la Cruz...

familia, componiendo cada nueva línea con titulares de cuerpo menor, hasta empalmar con las versales y ponerlas en juego, con auxilio de su correspondiente caja baja. Dando por supuesto que tras tanta unidad pueda resultar una labor monótona, de ahí que se halle compuesto el nombre del autor en letra cursiva, tomada del mismo chibalete, con propósito indudable de dar variedad a la epigrafía, sin alterar la unidad de tipos.

Ya escogidos los cuerpos, lógicamente derivados de la primera línea, que es la que rige la composición, el ajustador, amparado de las normas vigentes en su siglo, daba forma de colofón o «cul-de-lampe» a cada uno de los grupos en que se dividía el contenido de títulos, subtítulos, dedicatoria y pie de imprenta, sin olvidar el contorno exterior, resultante de las líneas, cuya longitud iba disminuyendo también, siguiendo la gradación de los caracteres, para lo cual se cortaban las palabras por donde era menester, no gramaticalmente, sino teniendo en cuenta las necesidades del arte tipográfico puro, sujetando las exigencias literarias a la conveniencia profesional.

Este es un sistema que produjo tipos de portada admirables por su estilo y buen gusto, cuando aún no se había iniciado la decadencia. Cualquier observador sacará en claro, de las reglas apuntadas, que el arte modernísimo que caracteriza nuestros días está muy de acuerdo con tal procedimiento.

Observando un folio cualquiera del ejemplar auténtico de uno de los tres tomos impresos por Juan de la Cuesta, la visión es triste, deplorable; no corresponde a los merecimientos de su sin par literatura. Cada una de las páginas es un cuadrilongo, mal impreso, de composición amezacotada, sin regletas ni apartes; no hay en ella otra cosa que tipo y espacios para la indispensable separación de palabras, cuya

regularidad deja mucho que desear. No es una excepción, sino lo corriente de los libros impresos en aquellos tiempos, la ausencia de belleza y la falta de primores profesionales que observamos en las primitivas ediciones del *Don Quijote*. El macizo de la composición de sus páginas obedece al criterio artístico de aquella época y tiene su fundamento estético (hoy renaciente), pero se trata de ediciones corrientes, por no decir vulgares, que nada de particular ofrecen, digno de alabanza, a la contemplación y estudio del profesional de nuestras artes; pues el papel es ordinario, pobres y raquíticas las márgenes, amén de lo que hemos indicado del escaso o ningún valor artístico de la composición e impresión, ambas asaz negligentes. Nada diremos de las iniciales que «ornamentan» el principio de los capítulos, pues corren parejas con lo demás.

Verdad es que el precio a que se pusieron los ejemplares del primer tomo (un volumen en 4.º, de 663 páginas) no correspondía a una obra de lujo. La tasa oficial señaló el valor de «doscientos maravedís y medio, en que se ha de vender en papel». En las cuentas de la Hermandad de Impresores de Madrid, consta que «se vendió un *Quijote* en 8 reales y medio» en julio del año 1605.

Sin embargo de la poca pretensión y ningún reclamo industrial de sus primeras ediciones, se ha dicho con justicia que después de la *Biblia*, es el *Don Quijote* de Cervantes el libro que más se ha reimpresso.

Primera edición completa del *Don Quijote*.

Desde la primera de Juan de la Cuesta, y mientras vivió el autor, publicóse el *Quijote* fraccionado; pues aparecieron ediciones que sólo contenían la primera parte y una de la segunda, independientemente unas de otras, apesar de la natural continuidad del texto.

Hasta un año después del fallecimiento de Cervantes, o sea en 1617, no aparecieron reunidas la primera y segunda parte del *Don Quijote*. La primera edición completa apareció en Barcelona, por iniciativa del editor Rafael Vives, con la particularidad de haber encargado la impresión a dos distintas imprentas a un mismo tiempo. La primera parte salió de las prensas de Bautista Sorita, establecido en la calle de la Librería, y la segunda imprimióse en casa de Sebastián Matevat. Probablemente el editor repartió el trabajo en dos casas, persuadido de su acierto en reunir a obra completa en una sola edición, con idea de ganar tiempo y así evitar que otro se le anticipara, puesto que el éxito editorial podía considerarse asegurado.

Forman la obra dos tomos en octavo menor, que tampoco ofrecen nada de particular para el arte tipográfico, aunque en el mercado de libros viejos tienen estima, porque no abundan, y además por la circunstancia capital de ser la primera edición completa de la obra famosa entre las más célebres del mundo.

Una vez circulada esa edición, era natural que en adelante siguieran la misma forma de publicar la obra todos los editores sucesivos. Temeridad fuera lo contrario, por cierto. La segunda vez que se reimprimieron ambas partes reunidas, fué en Madrid, en el año 1636-1637, por Francisco Martínez.

Nuestro homenaje.

Constituida la Comisión de las Sociedades obreras del Libro, a la que se encomendó la organización de un homenaje a la memoria augusta del gran Miguel de Cervantes Saavedra, cumplido—con resultado negativo, *felizmente*—el encargo que se le diera de pedir representación para la clase proletaria en las Comisiones nacional y municipal del Centenario, se abordó el problema...

«¡Soñemos, alma, soñemos!», decía el poeta, y eso hizo la Comisión: soñar. Una buena edición del *Quijote*, ilustrada con litografías y fotograbados; reparto de muchos millares de ejemplares de una novelita de Cervantes; un extraordinario estupendo de este humilde OBRERO GRÁFICO, en que colaborasen los hombres más eminentes de España y de fuera de España; una velada con representación de un entremés de Cervantes, música de los siglos XVI y XVII, y asistencia de compañeros de Lisboa, Valencia, Barcelona, Valladolid y Sevilla, poblaciones que primero imprimieron el *Quijote*, o en las que vivió y padeció Cervantes...

Pero la Comisión hacía números, y se asustaba de los miles de pesetas que costaría la realización de su ideal, por lo que poco a poco vino a atender el sano consejo de maese Pedro: «Llaneza, muchacho».

Y el homenaje ha venido muy a menos: Una velada, una hojita con la biografía de Cervantes y su retrato, la edición decorosa de la novela *La fuerza de la sangre* y este extraordinario de EL OBRERO GRÁFICO.

Y no es que hayamos encontrado obstáculos. Si descontamos el silencio de los señores de las sendas Comisiones municipal y nacional, todo fueron facilidades para nosotros. Las entidades que nos designaron no pusieron límite a los gastos—salvo el natural de lo corto de los recursos disponibles—; los literatos estaban propicios a auxiliarnos, y el Sr. Burell, ministro de Instrucción pública, otorgó 2.000 pesetas.

Hagamos lo que podamos, y hagámoslo bien y de corazón, con buena voluntad, sin pensar en lucirnos, hasta huyendo de que todo resulte *brillante*. Limpios por fuera y por dentro, engalanados no más que con *nuestras* ropas domingueras, acudimos al homenaje. Y orgullosamente tenemos por cierto que esto, y no más, era lo que se nos encomendó y lo que debíamos hacer.

No hemos acudido a los literatos para llenar este número; y hemos procurado organizar la velada con elementos de la Casa del Pueblo, porque nos propusimos que el homenaje fuera todo nuestro, esto es, del proletariado militante y de los obreros de las artes gráficas.

Cuando para cualquier acto proletario se pide la cooperación de elementos no proletarios, el acto conserva siempre netamente su carácter; aquí en este caso no es lo mismo, porque el homenaje a la memoria de Cervantes no es un hecho del proletariado, sino de toda la humanidad; por tanto, en nosotros estaba dar al homenaje nuestro todo el reflejo posible de nuestra condición social y de nuestra personalidad colectiva. Por ello están ausentes de nuestro periódico las grandes firmas; por ello tiene cierto carácter profesional.

Hemos invitado para que escribiesen a los tipógrafos eximios que son grandes prestigios en el movimiento obrero; con una modestia que les honra, pero que es excesiva, declinaron el encargo por considerar el tema superior a sus fuerzas. Como nos fué imposible vencer semejante resistencia, con verdadero dolor hubimos de prescindir de los escritos, y entre los que habían de firmarlos estaban Iglesias, Quejido, Gómez Latorre...

Y nada más, sino hacer constar que los compañeros que editan y publican este OBRERO GRÁFICO, le pusieran desde luego en nuestras manos, sin la menor restricción ni la más leve condición, por lo que le damos aquí las gracias.

¡Ah! El 23 de abril de 1616 murió Guillermo Shakespeare, uno de los contados genios pares de Cervantes; para honrar su memoria publicamos su biografía, escrita por el nunca bastante llorado D. Francisco Pi y Margall.

Y aquí concluye nuestra misión.

LOS TRABAJOS DE PERSILES, Y SIGISMUNDA, HISTORIA SETENTRIONAL.

POR MIGUEL DE CERVANTES Saavedra.

DIRIGIDO A DON PEDRO FERNANDEZ DE Castro Conde de Lemos, de Andrade, de Villalva; Marques de Sarría, Gentilhombre de la Cámara de su Magestad, Presidente del Consejo supremo de Italia, Comendador de la Encomienda de la Zarza, de la Orden de Alcántara.



Conprivilegio. En Madrid. Por Juan de la Cuesta.

A costa de Juan de Villarroel mercader de libros en la Lister

Eudaldo Canivell.

IMPRENTA DE F. PEÑA CRUZ, PIZARRO, 16.